

Cuadernos del Sur

Año 14 - N° 27

Octubre de 1998

Tierra
del Fuego

Los Sin Tierra contra el corporativismo*

Entrevista con João Pedro Stedile

Apartir de los años 70 surgió en el Brasil una serie de movimientos sociales, saludados auspiciosamente como una señal de vitalidad de las luchas populares. Hoy, entretanto, la mayor parte de esos movimientos se encuentra desmovilizada o plenamente integrada a las estructuras del poder vigente. Una excepción notable es el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), cuya trayectoria siguió caminos propios y esto lo sitúa actualmente como referencia imprescindible para la práctica política de izquierda en el Brasil.

João Pedro Stedile, uno de los veintiún coordinadores nacionales de ese movimiento, explica en esta entrevista algunas de las razones del éxito del MST, trata de las dificultades que presenta la transferencia de esa lucha hacia las ciudades y sugiere la construcción de un proyecto político para el Brasil, lo que no deja de reponer en el orden del día la cuestión del socialismo.

I. Motivos del éxito del MST

Una causa social no corporativa

Es difícil analizar la evolución de los movimientos sociales en general; somos parte de uno de ellos y vemos mucho la lucha a partir de nuestra realidad. En cuanto al MST, la evaluación interna que hacemos sobre nuestro éxito —que también puede ser temporario— se asienta, primero, en el hecho de que nos movilizamos en función de una causa que es justa. La lucha contra el latifundio, contra las desigualdades sociales en el campo y contra la miseria rural, es una causa justa no solamente para los que luchan por ella sino, sobre todo, porque se trata de una causa social no corporativa. Si hubiésemos reducido nuestra lucha apenas a la conquista de la tierra, repitiendo una lucha que siempre existió en Brasil (desde que los portugueses llegaron aquí y se adueñaron de la tierra) tal vez no hubiésemos concitado la solidaridad y la simpatía que recibimos actualmente de la sociedad y de las organizaciones sociales. Lo que más nos diferenció —al menos de la tradicional lucha por la tierra— tal vez

* Revista *Praga*, núm. 4, diciembre 1997.

sea el hecho de que conseguimos levantar una bandera y superar el corporativismo, mostrando a la sociedad que se trata, fundamentalmente, de una causa justa. Esto ha motivado a que las personas se aglutinen en torno a nuestra bandera.

Un movimiento permanente

Un segundo factor es que se trata de una lucha prolongada en la medida en que enfrentamos injusticias derivadas de problemas estructurales del capitalismo. No es como un movimiento corporativo que casi siempre es temporario y se desmoviliza tan pronto consigue lo deseado: salario, vivienda, asfalto, etc. En el caso del MST, nuestra lucha es permanente pues la derrota del latifundio y de las injusticias sociales en el campo sólo puede darse al final de un largo proceso. Tómese como ejemplo la lucha contra la esclavitud, que fue muy parecida a la nuestra. De hecho, aunque todos estuvieron en contra del esclavismo, precisamos de casi cuatrocientos años para eliminarlo del Brasil. Además, abriendo un paréntesis, todavía pagamos el precio de la esclavitud porque, en rigor, nuestros latifundistas de hoy aún mantienen la ideología y la cultura esclavista, al menos en relación con el tratamiento dispensado a las personas.

Los métodos de lucha

Otro factor que contribuyó a la per-

sistencia del MST es nuestro método de lucha. Siempre juzgamos que sólo podríamos avanzar si conseguíamos comprender que únicamente la lucha de masas puede alterar la correlación de fuerzas. Es más: una lucha de masas que fuese verdaderamente nacional. Los grandes desafíos que enfrentamos desde el inicio, en el MST, consistían en procurar la superación de la experiencia histórica de la lucha de los *posseiros* (que aglutinaba apenas a pequeños grupos familiares) y de los sindicatos (que restringía la lucha a las fronteras de su municipio). La lucha por la tierra tiene que ser masiva, desarrollarse por medio de grandes ocupaciones de tierra, marchas y manifestaciones. Sólo así se consigue politizar la lucha, insertarla en la lucha de clases en general y, sobre todo, sólo por esa vía es posible implementar un proceso que conduzca a la concientización de los propios participantes.

Sin una lucha de masas, por mayor que sea, el radicalismo individual no desemboca en conciencia de clase. Nuestra historia está llena de ejemplos de *posseiros* que lucharon con las armas en la mano para conquistar un pedazo de tierra, pero que después vendieron ésta por monedas. Eso significa que, a pesar del radicalismo aparente de la lucha, aquella forma de combate no generaba organización social ni conciencia política y, por lo tanto, desde el

punto de vista de la lucha de clases, no acumulaba en favor de la transformación social. Es por eso que la lucha de los *posseiros* en Brasil —aunque se haya mantenido viva, de forma heroica, máxime en la época de la dictadura militar— no resultó en nada.

Desde el inicio intentamos orientarnos con esa idea de que son los movimientos y las luchas de masas los que hacen que la Historia avance. Más allá de eso, como ya dije, esa lucha debe ser trabada en el ámbito nacional. El latifundio es nacional, la legislación es nacional, la burguesía agraria es nacional. Sin un movimiento y una organización verdaderamente nacionales no tendríamos cómo contraponernos a la burguesía y al *status quo*. Y éste es nuestro esfuerzo: un esfuerzo gigantesco que todavía no conseguimos completar, teniendo en cuenta las dificultades inherentes a las dimensiones geográficas continentales del Brasil y la raíz cultural marcadamente regional de nuestro movimiento campesino.

Los principios de organización

Otro factor que pudo haber contribuido para el éxito de nuestro movimiento es que, desde el comienzo, intentamos adoptar, en el MST, “principios organizativos” teniendo en cuenta tres vertientes: a) la experiencia histórica de los propios campesinos brasileños —estudiamos

cómo eran los sindicatos, las ligas campesinas, las luchas por la tierra en general—; b) la experiencia histórica de la clase trabajadora contra sus explotadores; c) la experiencia del trabajo de base de la Iglesia Católica, de las pastorales, de la CPT, pero sobre todo de la “iglesia progresista” que adoptó la visión de la teología de la liberación. Del análisis de esas tres vertientes elaboramos una síntesis que tratamos de ir llevando a la práctica; principios organizativos como, por ejemplo, adoptar siempre la idea del colegiado político o, como nosotros decimos, dirección política colectiva.

Toda nuestra organización, inclusive en la base, se da por medio de comisiones. Evitamos tener presidente, tesorero, secretario, etc. No se trata apenas de la formalidad porque, después de todo, es preciso que alguien se encargue de las finanzas. Pero ocurre que en nuestra cultura, lamentablemente, si un individuo es presidente ya tiene la mitad del camino recorrido para autodenominarse jefe del movimiento, o bien principal responsable. De este modo aprendemos a evitar que surja un único líder de masas. Normalmente, distinguimos liderazgo de masas respecto de dirección política. Además, cuando una persona comienza a proyectarse como el principal líder de masas de un proceso político, se convierte en blanco con más facilidad ya que, en

el universo agrario brasileño, fatalmente sería asesinado.

Una consecuencia de estos principios es la necesidad de que todo se dé por medio de una división de tareas. Eso crea un vínculo permanente con el trabajo de base, con el contacto con las masas. La mayoría de nuestros dirigentes, inclusive aquellos con responsabilidades nacionales, viven en asentamientos o en campamentos. Este vínculo directo procura evitar que ellos se devíen ideológicamente, política o económicamente.

Por otra parte, priorizamos valores éticos que juzgamos fundamentales en la construcción de un proyecto diferenciado como, por ejemplo, la solidaridad, el desapego a los bienes materiales, etc. Buscamos también —en la línea de la iglesia— propagar el espíritu misionero; la idea de que, si en algún lugar existe la necesidad de ayudar a los compañeros a organizarse, yo me dispongo a ir. Entonces, en el MST, hay muchas transferencias de militantes, lo que posibilita que la acumulación de experiencia histórica de la clase trabajadora de un lugar dado venga a ser transportada por militantes y líderes, aun cuando en otro lugar no haya producido todavía aquella acumulación. Esto facilita el avance de la lucha de clases. Por lo demás, sin ese espíritu misionero, difícilmente la organización habría crecido tanto.

La formación ideológica

También entendemos como esencial la formación ideológica de los militantes. Para nosotros, los cursos de capacitación son tan importantes como la ocupación de tierras. Nuestro punto de partida es la experiencia histórica: ninguna organización crece si no forma sus propios militantes a su imagen y semejanza. El pueblo provee luchadores y, a partir de estos militantes que las luchas populares generan, formamos nuestros cuadros por medio de cursos, comprensión teórica, estudio y dedicación, lo que, generalmente, demanda mucho tiempo, a veces años. Nuestros cursos procuran ser bastante prolongados, dentro de las restricciones económicas. A nivel nacional, en promedio, duran dos meses, pero tenemos cursos intercalados de hasta tres años en los que los militantes estudian durante dos meses, luego vuelven a sus tareas habituales por igual período y el siguiente bimestre retoman el curso. En el caso de los cursos más breves tratamos de combinar enseñanzas prácticas y teóricas, mientras que en el caso de los cursos intercalados los militantes hacen la escuela secundaria y, al mismo tiempo, completan su formación política.

Lamentablemente se diseminó en la izquierda brasileña una práctica de pequeños cursos o seminarios de fin de semana que no pasan

de un turismo sindical; allí las personas van más para tomar una "caipirinha" y reencontrar amigos que para hacer una formación teórica seria. Nadie se forma en seminarios de fin de semana ni en cursillos de tres días.

Otro principio que buscamos adoptar siempre es el de la disciplina pues si las personas —que son parte de la organización— no tuvieran un mínimo de respeto a sus normas, dicha organización no funcionaría. La disciplina que adoptamos no es la militar, jerárquica, de respeto a los superiores, sino en relación a las decisiones del colectivo. Para nosotros la disciplina representa un valor, un principio organizativo, pero jamás una forma de severidad del tipo de "tenés que someterte".

La base social

La lucha contra el corporativismo se debe dar todo el tiempo y en todos los lugares. Tenemos tres tipos de situación en nuestra base social: 1) el sin tierra en general, que se está preparando para una ocupación y que vive en su comunidad rural; el individuo participa de las reuniones, se está politizando y, además, se está preparando para una acción; después, 2) tenemos los campamentos, el estallido de una forma de lucha más constante, la ocupación de la tierra; por último, 3) tenemos los compañeros asentados, aquellos

que ya conquistaron su tierra.

El MST participa de estas tres fases; continuamos organizando y aglutinando a esos compañeros inclusive después de la conquista de la tierra. Nuestros objetivos abarcan la conquista de la tierra, la resolución del problema más inmediato; la lucha por la reforma agraria, por la restructuración de la propiedad latifundista y, por consiguiente, de la agricultura; y también la lucha por los cambios sociales ya que sabemos que la reforma agraria no va a ocurrir sin que haya otros cambios en nuestra sociedad.

El movimiento, entonces, existe para eso: para que el compañero, aun después de la conquista de la tierra, consiga mantenerse organizado en la lucha por la obtención de aquellos otros objetivos y, sobre todo, para que continúe el proceso de conscientización social y de politización. Si él sólo se conformara con la posesión de la tierra no precisaría del MST pues ese tipo de lucha podría ser conducida por el sindicato. ¿Cómo se consigue eso? Con trabajo ideológico, formación y lucha.

En los asentamientos

Aun cuando se logra un pedazo de tierra, no terminan la dificultades ni los problemas de la vida material. Ahora bien ¿cómo se resuelven esos problemas?; ¿cómo conseguir escuela para el asentamiento, mejores pre-

cios para sus productos, crédito rural? Hay dos caminos clásicos: la opción por el burocratismo amarillo o el camino de las luchas masivas. Nuestra orientación es que para que los asentados continúen organizados deben planificar luchas masivas para obtener aquello que precisan. Si el intendente no quiere poner una escuela primaria en el asentamiento, van todas las familias —y no apenas el líder— a pelear contra el funcionario. Si no tenemos créditos en determinado asentamiento, todo el mundo se moviliza para luchar por el crédito y así en cada situación.

Los compañeros asentados continúan haciendo cursos de formación política e ideológica. El hecho de que ellos tengan la tierra no supone, a priori, una propensión mayor al corporativismo, al contrario: hemos visto que cuando ellos salen de aquel nivel de miseria absoluta, cuando pasan a alimentarse mejor, cuando ubican a sus hijos en la escuela, los compañeros se politizan todavía más. Es que el individuo, cuando está muy cerca de la lumpenización, está más sujeto a los peligros del corporativismo. La situación de lumpen lo obliga a ser muy "oportunista", a querer resolver su problema hoy mismo si eso fuera posible. Ellos no poseen ninguna visión de largo plazo. Lamentablemente, el campesinado pobre todavía está muy próximo del lumpen. Nuestro esfuerzo pasa por

sacarlo de la pobreza casi absoluta en la que vive y traerlo para un escalón más alto. Es por eso que, para nosotros, es mejor trabajar con los asentados que con los sin tierra.

II. Un proyecto para el Brasil

Del campo a la ciudad

El mayor potencial de transferencia de nuestra lucha reside en el hecho de que el pueblo brasileño, y la clase trabajadora en general, aprenden muy fácilmente con ejemplos. No aprenden a luchar en cursillos. La pedagogía de masas se da por medio de ejemplos, con cosas prácticas. Es evidente que nuestras ocupaciones de latifundios deben estar inspirando a centenares de líderes en las ciudades que, en función de eso, pasan a reflexionar sobre su propia práctica. A nuestros compañeros les satisface saber, generalmente por medio de la televisión o por los diarios que, aun sin ningún contacto directo con nosotros, existen otros sectores sociales urbanos que se valen de esos métodos de lucha masiva como forma primordial de resolución de sus problemas.

¿Vanguardia de la oposición?

Nosotros rechazamos el calificativo de "vanguardia". No queremos ser "vanguardia". No planificamos la marcha de abril a Brasilia con la intención de liderar un proceso político. Hasta teníamos dudas acerca

de su resultado en las instancias del poder. Tan es así que no habíamos solicitado una audiencia con el presidente, ni elaborado una pauta de las reivindicaciones. Nuestro objetivo era romper el cerco que el gobierno estaba armando contra nosotros. Durante un año, el gobierno intentó aislarlos atacándonos en la televisión día y noche. Jungman llegó a calificar a José Rainha como bandido en un programa de la TV Manchete. Y cuando hubo una orden de detención le mandó un telegrama al juez para felicitarlo.

Sabíamos que sólo conseguiríamos derrotar esa política de aislamiento aliándonos con la sociedad; colocando a la sociedad contra el gobierno. Nuestro objetivo era, al recorrer doscientas cincuenta y cuatro ciudades, hacer esa ligazón con la sociedad. El proyecto consistía, básicamente, en dar charlas y conscientizar a la población sobre la reforma agraria y el neoliberalismo. Procuramos hacerla reflexionar acerca de las cuestiones que eran el eje de la marcha: Tierra, Trabajo y Justicia.

Durante el transcurso de la marcha ésta creció de tal manera que creó una coyuntura política que no preveíamos: la marcha se convirtió en una avalancha de cien mil personas. En rigor de verdad no eran todos sin tierra ya que éstos continuaron siendo los dos mil que salieron caminando al principio. Los demás

eran militantes de la ciudad, sindicalistas, personas del PT, del PDT y del PSB que tomaron la marcha como un símbolo de la lucha contra Fernando Henrique Cardoso. Sin dudas fue algo importante. Pero, en nuestra evaluación, nosotros no nos convertimos en vanguardia, apenas fuimos referencia de lucha.

El modelo de las élites

El Brasil está en una encrucijada histórica producida, claramente, por las élites. Estas, por medio de F.H. Cardoso, buscan repetir lo que ocurrió en 1930 en la historia del país aunque, como diría Marx, ahora como farsa. ¿Cuál es la similitud con 1930? Es la primera vez, en muchos años, que las élites brasileñas crearon un consenso en torno de un líder político que, a su turno, consiguió aglutinar tras de sí a todas las fracciones de esas élites.

El modelo de desarrollo, el proyecto de industrialización por la vía de la substitución de importaciones, entró en crisis desde la segunda mitad de los años setenta. Las élites no consiguieron salir de la crisis a pesar de la aplicación de medidas y políticas económicas puntuales como las intentadas por Funaro y Maílson. Para enfrentar una crisis que era estructural ellas percibieron que tenían que partir hacia otro modelo, lo cual demandaba mucho más que simples políticas económicas temporarias. De ahí el Real, la

rigidez del cambio y las tasas estratoféricas de los intereses. Están intentando aplicar en el Brasil un nuevo modelo que subordina totalmente nuestra economía, que nos transforma en un mero mercado para las multinacionales (que nos meten sus mercaderías) y para el capital financiero internacional (que consigue lucros elevadísimos con los intereses pagados por el gobierno).

La tentativa de las élites de implementar ese modelo se da por medio de un proceso lento y gradual, porque no hubo una revolución como en 1930, ni una transferencia del poder para los militares como en el Perú de hoy (que costó quince mil muertos y cinco mil presos). Aun en la Argentina esa implementación está siendo hecha en base a la represión, con trescientos ochenta presos políticos y un Estado autoritario capitaneado por Menem. En Brasil, como todavía tienen que respetar ciertas reglas democráticas, ese proceso va lento. No me voy a detener aquí en las contradicciones del modelo porque, para nosotros, lo principal, el punto sobre el cual cabe reflexionar, es que estamos en una encrucijada.

Un proyecto popular

Las élites precisan implementar ese nuevo modelo; se trata, por lo tanto, de algo más que de una adhesión puntual a una política neoliberal. Buscan reorganizar toda la eco-

nomía en función de ese objetivo mayor. El resultado de eso, sin embargo, es una subordinación completa al capital internacional. Ya no es más una política de alianza con ese capital, como fue en el modelo de industrialización por la vía de la substitución de importaciones. Ahí había una alianza, el famoso trípode: capital nacional, capital estatal y capital extranjero. Ahora no: la relación es de subordinación simple y pura.

Ante esta situación, las fuerzas populares, sociales, sindicales, políticas —la izquierda en general— precisan producir un proyecto político alternativo a ese que está ahí, en el poder. No basta con tener un plan de gobierno, como tampoco basta con hacer una crítica al neoliberalismo. Es preciso construir un proyecto político nacional alternativo. Ese es el mayor desafío que tenemos hoy: elaborar un proyecto político alternativo, nacional, popular, entendido como proceso histórico.

La teoría

Primero es preciso una elaboración teórica porque las ideas no fluyen. Es necesario plantear sobre el papel cuáles son los problemas más graves de la sociedad brasileña, presentar una explicación de sus motivos y de la incapacidad de la burguesía para resolverlos. Sintéticamente: podríamos hablar de la desigualdad, de la pobreza, de la injus-

encia social, de la concentración de la renta, del desempleo y de las mazelas sociales resultantes de todo eso (visibles, además, en la carencia de educación, salud y vivienda). Incluso, cabe presentar, desde un punto vista teórico, soluciones para dichos problemas. Es decir: para resolver el problema de la miseria en el Brasil, ¿qué es lo que debe ser hecho desde el ángulo económico o de la democracia del Estado? Todo esto depende de una elaboración teórica y de un debate político.

Nosotros estamos convocando a los intelectuales para que se manifiesten, para que estudien. Esa elaboración teórica tiene que tener fundamentación científica, tiene que partir de un conocimiento profundo de la realidad brasileña. Los intelectuales de izquierda precisan recuperar urgentemente la trayectoria de grandes pensadores brasileños como Florestan Fernandes, Caio Prado Júnior y Celso Furtado. Hay una interrupción en esa trayectoria (por diversos motivos), y porque algunos de ellos han muerto. Es necesario, por lo tanto, retomar esa tradición y ojalá que la revista contribuya a eso.

No se trata de un panfleto discursivo, ni de una tesis académica (que compruebe apenas algunas hipótesis), como tampoco de un plan de gobierno que aglutine una serie de reivindicaciones para hacer propaganda electoral. Es por eso

que los planes de gobierno de Lula nunca sirvieron, porque ni él los leía. Eran siempre un mamotreto de ciento noventa y cuatro páginas con un montón de promesas del tipo de "yo voy a construir tantas casas, tantas escuelas con tantos alumnos", etc. Pero un proyecto no es eso.

La práctica

Otro componente de nuestro proyecto político, concomitante a su construcción, es la premisa de que todo necesita ser conducido por medio de la lucha de masas. Son las luchas de masas las que alteran la correlación de fuerzas en la sociedad, como resultó evidente en el caso de la reforma agraria, lo que se aplica (obviamente lo copiamos de ahí) a la lucha de clases en general. De nada serviría tener un grupo de intelectuales haciendo un proyecto ideal si la clase trabajadora no estuviera luchando.

La elaboración teórica de un proyecto político puede, a su vez, servir como estímulo al movimiento de masas. En este sentido todavía caben las enseñanzas de los bolcheviques. Ellos fueron pioneros en el uso de la pedagogía de masas, fueron los primeros en explicar con pocas palabras un proyecto político. En su propaganda de masas resumieron el proyecto en tres palabras: pan, paz y tierra, que aglutinaron al pueblo. Así, una vez elaborado nuestro proyecto —e identifica-

dos claramente los problemas y las soluciones— los diversos movimientos pueden partir para la propaganda de masas presentando para el pueblo, de manera pedagógica, las soluciones.

Juntando el huevo con la gallina

El movimiento de masas tiene, por lo tanto, un papel fundamental que precisa ser activado permanentemente en la construcción de ese proyecto político. Se trata de un gran desafío, principalmente porque (haciendo aquí una autocrítica) la mayoría de los movimientos sociales sólo hace en la actualidad lucha corporativa. Aunque también se puede decir que sólo hacen lucha corporativa porque no tienen un proyecto político claro. Así, quedamos entre el huevo y la gallina: sólo hace lucha corporativa porque carece de un proyecto político, y la gente no tiene un proyecto político porque sus luchas son corporativas. Aquí es donde está el desafío: unir el huevo con la gallina y no quedarnos a descubrir cuál de los dos está antes. De este modo, los movimientos de masas, que hoy son corporativos, podrán incluir un ingrediente más: la lucha estratégica por un proyecto político alternativo. Esto debería—al mismo tiempo pero también como consecuencia del proceso— desembocar en una acumulación orgánica de la clase trabajadora que fuese superior al nivel actual.

Lo preocupante hoy es que, a pesar de la importancia del PT, de la CUT, del MST, de la CMP (Central de los Movimientos Populares) y de la pastoral social de la iglesia progresista, por sí mismas estas cinco herramientas no están dando cuenta de aquella necesidad estratégica. Entonces, tenemos que pensar en una acumulación orgánica que aglutine a todos los movimientos.

El PT y la crisis

El papel del que hablamos podría haber sido desempeñado por el PT. Ocurre que el PT, en su trayectoria histórica —y no por voluntad propia— acabó priorizando la lucha electoral, que es importante aunque mostró ser insuficiente. El PT se transformó, entonces, en un partido electoral de izquierda. Lo que nosotros necesitamos ahora es construir una “acumulación orgánica” que une ese partido de masas, popular, con visión socialista pero electoral, con nuestra central sindical, con los movimientos populares, con las iglesias progresistas y con el movimiento rural. Sólo así podremos alterar el rumbo de la lucha de clases en el Brasil.

Los medios de comunicación le exigen al PT un proyecto para gerenciar la crisis. Pero creo que es generalizar mucho si decimos que el PT quiere administrar la crisis porque yo soy del PT, de la secreta-

sía agraria, y no quiero administrar ninguna crisis: lo que quiero es provocar la mayor crisis. Entonces no se puede generalizar. El PT tiene siete u ocho grandes corrientes y cada una de ellas tiene una evaluación diferente. Aquella con la cual me identifico no tiene esa visión.

El movimiento obrero

No creo que el corporativismo esté necesariamente más establecido entre los trabajadores industriales. Esto también depende mucho de la lucha ideológica. Es preciso huir del simplismo que dice que el movimiento sindical, hoy en crisis a causa del desempleo, se tornó corporativista. El movimiento obrero brasileño, aunque congregue a una minoría de la población y se restrinja cada vez más, todavía tiene un papel muy importante. No es verdad que los obreros están preocupados apenas con sus empleos. Si se hiciese un trabajo ideológico, si fueran presentadas propuestas organizativas, ellos se movilizarían nuevamente. Nosotros, los del MST, hemos ayudado a muchos sectores obreros en la ocupación de sus fábricas. Hemos percibido que cuando ellos marchan hacia la lucha actúan más rápido que nosotros, que venimos del campo. Podemos someter a la crítica la práctica sindical, tanto la de la CUT como la de los sindicatos (en este punto cada uno tiene su evaluación y no es nuestro

objetivo explicitarla aquí); es claro que hay errores que necesitan ser superados, pero no por eso vamos a tirar afuera al niño (el proletariado) con el agua sucia.

El error de las izquierdas clásicas, que se vincularon a Moscú o al trotskismo, tal vez consistió en intentar hacer, en el Brasil, apenas un trabajo político volcado únicamente a los obreros. Eso no deja de ser importante, pero la amplia mayoría de nuestra población no consiste en obreros. Un proceso revolucionario de cambios sociales en el Brasil tiene que ser un proceso eminentemente popular, capaz de organizar y movilizar a millones de personas, pobres y trabajadoras, que no están vinculadas al sector fabril. Lo principal, sin embargo, Marx ya lo decía, son las ideas del proletariado. Su fuerza de masas puede ser hasta minoritaria, como en el caso de las revoluciones rusa y china, pero la ideología del proletariado debe ser preservada. Esto vale también para el Brasil.

Una conferencia nacional

En el MST estamos empeñados en esa misión de contribuir a ese proceso de construcción de un proyecto político alternativo. Vamos a motivar a nuestros amigos intelectuales para que准备n textos, organicen reuniones y conferencias municipales y provinciales, a fin de discutir esos desafíos. Aspiramos, de

ese modo, a que sea posible convocar, junto con otras fuerzas y para fin de año, a una conferencia nacional que discuta un proyecto político alternativo para nuestro país y que, incluso, sirva como herramienta, como soporte o instigador en el proceso electoral de 1998. Necesitamos que las elecciones presidenciales sean un debate acerca de proyectos para nuestra sociedad y no una confrontación de carismas electorales entre Lula y Fernando Henrique; o entre planes de gobierno para ver quién promete más casas populares, más asentamientos, etc. Si no escapamos de eso no vamos a conseguir derrotar a la burguesía.

III. Un horizonte socialista

Implementando la división del trabajo
En el campo estamos intentando desarrollar las fuerzas productivas. Para ello adoptamos como camino la implementación de la división del trabajo. Esta división genera con rapidez un aumento muy grande de la productividad del trabajo, en comparación con el trabajo individual (y fue esto lo que hizo la revolución industrial). En la agricultura existe un tabú respecto de ello, principalmente en la izquierda, porque la estancia capitalista aplica la división del trabajo, la cooperación agrícola, y el trabajador sólo entra como mano de obra en una determinada etapa del trabajo.

En efecto, en la izquierda clásica, o en la populista, predominó la idea de que sería difícil aplicar la división del trabajo en la agricultura y que, por lo tanto, partiendo de lo que es posible hacer para ayudar a la alianza del obrero con el campesino, había que dejarle a éste su propiedad individual. El desarrollo de las fuerzas productivas, por lo tanto, sólo le correspondería a la industria. Nosotros no concordamos con esto. Creemos que la agricultura también tiene potencial para desarrollar de un modo rápido las fuerzas productivas y que es posible aplicar la división del trabajo aun entre campesinos.

Una confusión de izquierda

Hay también una confusión en los medios de izquierda con respecto a las implicancias de la voluntad del campesino —que quiere ser dueño de la tierra— y el proceso productivo de división del trabajo. El campesino quiere unir las dos cosas porque, en su cabeza, la idea de ser dueño de la tierra tiene un contenido mucho más antropológico y cultural que en el caso del capitalista. El campesino precisa de la tierra como una reserva de seguridad para su familia y para su cultura y, además, como un elemento imprescindible para su sobrevivencia. En su imaginario ideológico todo eso tiene el mismo peso que el sueño obrero de la casa propia. Nunca nadie

de la izquierda dijo que por causa de ese sueño del trabajador de la ciudad, de tener su casa propia, dicho trabajador se hubiera convertido en un pequeño burgués o que hubiese estorbado el desarrollo del socialismo. Tener una casa es admitido como algo natural, como una necesidad. Y en la cabeza del campesino funciona del mismo modo: él ve la tierra como una necesidad básica.

Ahora bien, en lo atinente al proceso productivo, no encontramos ninguna dificultad para implementar la división del trabajo. La mayor dificultad con la que nos topamos es la escasez del capital. Cuando las familias son muy pobres y no tienen ningún capital acumulado resulta muy difícil implementar la división del trabajo.

Para un futuro socialista

Es claro que se podrá decir que todo eso no tiene nada que ver con el socialismo y, de hecho, así es. Pero el camino que nosotros estamos recorriendo es ése: primero hay que estimular el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo; lo cual puede no resultar en socialismo sino, apenas, en capitalismo avanzado. Entretanto, y aunque vivamos en un sistema capitalista, buscamos que el resultado del trabajo, en esas nuevas formas organizativas de la producción, quede en manos de quien trabaja.

Simultáneamente, creemos que

lo principal en la lucha por el socialismo es la organización de los trabajadores como una ideología socialista. Es preciso que ellos entiendan que los graves problemas estructurales que tenemos en nuestra sociedad son parte natural de la lógica del capitalismo, y que sólo podemos superar dichos problemas con otro modo de producción más avanzado. Sin embargo, no juzgo que vamos a llegar necesariamente al socialismo desarrollando apenas pequeñas experiencias localizadas, autogestionarias o como se las quiera llamar. Es más: podemos llegar a una situación en la que, aun teniendo en el asentamiento experiencias socialmente benéficas que hagan que los trabajadores se queden con el resultado de su trabajo, la mentalidad de ellos no sea predominantemente socialista.

Para un futuro socialista es más importante hacer un trabajo ideológico y político permanente que pensar en formas alternativas de organización de la producción. Es necesario que la clase trabajadora, en tanto que tal, enfrente esos desafíos de lucha contra el capitalismo y contra el Estado capitalista.

Quebrar el monopolio de la comunicación

La cuestión de los medios de comunicación, esencial para el avance de nuestra lucha, tiene dos caras. Una es el problema actual de la existen-

cia de un monopolio de la comunicación. Todos concuerdan en que ese monopolio es incompatible con una sociedad democrática. Un proyecto popular y alternativo para el Brasil debe incluir, en mi opinión, la estatización de los bancos —es imposible hacer cualquier cambio sin meterse con el capital financiero— y la democratización de los medios de comunicación. Concretamente: es preciso hechar mano de la Globo, del SBT, etc. Esa es una cara de la moneda. La otra pasa por el trabajo político permanente con las masas, por un esfuerzo de comunicación que, a su vez, depende principalmente del trabajo de base.

Es prácticamente imposible promover cualquier movilización de masas sin que antes se haya hecho un trabajo de base. Este, para nosotros, es aquel esfuerzo permanente, metódico, cotidiano, de juntar pequeños grupos de familia, de aglutinar personas por estancia, por comunidad rural o por capilla, para discutir los problemas. Eso es lo que posibilita después una movilización. Nadie consigue movilizar al pueblo llamándolo por la radio, tal como piensan hoy parcelas ponderables del movimiento social y sindical. Es una ilusión creer que basta distribuir panfletos o anunciar en la radio para que algo ocurra. Sin organización de base nada ocurre.

En cuanto a la comunicación, primero quiero hacer una crítica.

Ciertos dirigentes de la izquierda brasileña cayeron en la ilusión de que el único, o el mejor, vehículo para comunicarse con la clase trabajadora es el de los medios de comunicación monopolizados por la burguesía. Se trata de un enorme equívoco porque los medios de comunicación de la burguesía, aun prestándole atención, dan la versión o el énfasis ideológico que ellos quieren. Esto no significa que no se deba participar en dichos medios. Sin embargo, entendemos que para nosotros lo principal es crear nuestros propios medios de comunicación para llegar a la clase trabajadora sin depender de la burguesía. Es preciso, evidentemente, hacerla de la forma más masiva posible. Todo el mundo dice que es imposible tener radio y televisión pero, sin plantearnos esa meta, con seguridad nunca llegaremos a alcanzarla. Es difícil conseguir una emisora de radio, pero si pensamos en tener un programa ya resulta más fácil. Es muy difícil tener un canal de televisión abierta, pero tener uno de cable no lo es tanto. En fin, entendemos que las organizaciones de los trabajadores deben intentar la obtención del mayor número posible de medios de comunicación. También estimulamos en nuestra base la creación de todo tipo de comunicación: radios, diarios, revistas e incluso murales.

V. La reforma agraria

Reorganizar la producción

En nuestra evaluación, el problema agrario en el Brasil no se reduce a la cuestión de la concentración de la propiedad de la tierra. Esta continúa siendo el problema básico, pero el capitalismo se desarrolló de tal manera —y las desigualdades sociales también— que para pensar hoy en la reforma agraria hay que tener en cuenta no sólo la reestructuración de la propiedad de la tierra, sino, incluso, otros factores de la agricultura y el medio rural. Nuestro programa propone una reforma agraria que, además de acabar con el latifundio y con la definición actual de la propiedad de la tierra, reorganice también la producción agropecuaria utilizando la tierra prioritariamente para la obtención de alimentos —que atiendan las necesidades de nuestro pueblo— y no, como se hace hoy, para la exportación.

De la tierra a la agroindustria

Una reforma agraria en el Brasil tiene que venir unida con la democratización o, por lo menos, con una ruptura de la estructura monopólica que domina la agroindustria. El agricultor de hoy no produce más alimentos, produce materia prima, ya que todo alimento pasa por la agroindustria antes de llegar a la mesa del trabajador. De nada sirve distribuir la tierra si la industria con-

tinúa monopolizada. La explotación apenas se desplazaría para el monopolio que fija el precio de la producción puesto que la renta, en vez de quedársela el estanciero, sería canalizada para el dueño de la agroindustria.

La reforma agraria que queremos pasa también por la descentralización de la agroindustria, tanto en términos de poder como en términos físicos y geográficos. No hay problema tecnológico que dificulte la implantación de pequeñas fábricas en la mayoría de los municipios brasileños (tal como existen en Europa). Se trata de una forma de distribuir la renta, democratizar la producción y el progreso para el medio rural.

Otro elemento importante en nuestro proyecto es la generación de un nuevo modelo tecnológico para la agricultura, lo cual es un problema para los agrónomos. El paquete tecnológico utilizado actualmente en la agricultura brasileña —mera copia de otra realidad— fue traído por las multinacionales desde Europa, Estados Unidos y Canadá. El tipo de máquinas agrícolas, los agrotóxicos, etc., están más adaptados para aquellas realidades. Los “bichitos” brasileños, por ejemplo, son más resistentes porque aquí no tienen el invierno que allá ayuda a matarlos.

Romper dos cercas

Por último, uno de los puntos cen-

trales de nuestro programa de reforma agraria es el acceso a la educación. Entendemos que este acceso es tan importante como el acceso a la tierra. En la sociedad moderna, en el mundo de hoy, las personas que no tuvieran acceso al conocimiento científico, o al conocimiento en general, van a ser explotados siempre.

De manera que una parte importante de nuestro ideario, y de nuestra lucha, lo constituye la meta de democratizar al máximo la educación para los adultos y, sobre todo, para

los niños y los adolescentes. Ellos tienen la oportunidad, aun estando en el medio rural, de tener acceso a la escuela formal. Y es por eso que, para nosotros, las dos principales cercas que precisamos superar son la del latifundio y la de la ignorancia. Sin eso no conseguiremos hacer la reforma agraria, ni mucho menos soñar con el socialismo.

San Pablo, diciembre 1997

(*Traducción del portugués:* Carlos Girotti.)

